



focus ABENGOA



Pedro Tortolero (Sevilla, hacia 1700-Sevilla, 1766)

Entrada de Felipe V en Sevilla en 1729, 1748

Talla dulce

Dib.:Pedro Tortolero

Pub.: Juan Bautista de Zúñiga, *Anales eclesiásticos i seculares de la M. N. y M. I. Ciudad de Sevilla*,
Sevilla, 1748

Llega el rey

Entre 1729 y 1733 Felipe V se instaló con su corte en Sevilla. Es el llamado “lustro real”, que constituye uno de los hitos de la historia de la ciudad durante el siglo XVIII. La llegada del rey se articuló mediante una espléndida “entrada real”, que era la fórmula que la tradición había consagrado para este tipo de actos desde hacía varios siglos, y que permitía subrayar la adhesión de la población y sus autoridades para con sus monarcas, y expresar su alegría por tenerlos entre ellos. Una serie de ritos normalizados, como la entrega de las llaves de la ciudad o el juramento de respeto hacia los derechos de sus habitantes, testificaban los compromisos mutuos.

El rey entró en Sevilla por el puente de barcas y, después de atravesar la puerta de Triana, se dirigió al convento de San Pablo y la plaza de San Francisco, para, por la calle Génova, encaminarse hacia el exterior de la Catedral y, desde allí, acabar su recorrido en los Reales Alcázares, donde tenía su residencia. No iba solo, pues le acompañaban los miembros de su familia y un impresionante séquito compuesto por 85 coches, 350 calesas, 88 carros, 750 caballos y 3.121 acémilas. El recorrido o “carrera” estaba jalonado por varios arcos triunfales levantados para la ocasión, y a lo largo de las calles había un espectacular despliegue decorativo y una no menos asombrosa masa de público espectador.

De la importancia que este acto tuvo para la memoria histórica local es prueba el hecho de que en los *Anales eclesiásticos...* de Zúñiga (1748) se dediquen nada menos que sesenta y dos páginas para describirlo, además de la estampa de Tortolero. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que en el interior de esa obra sólo aparecen dos ilustraciones: ésta y la que describe la procesión de traslación del cuerpo de San Fernando a su nueva urna, que fue presenciada por Felipe V.



focus ABENGOA

La entrada es el acto que mejor subraya el compromiso mutuo de fidelidad entre la ciudad y su rey, y por eso se hace digna de una detallada descripción gráfica y escrita en un libro sobre la historia local. El dibujante ha elegido el momento más significativo: el ingreso del monarca y su familia en la población a través de uno de los arcos principales de sus murallas. Pero aunque su imagen pretende ser un documento histórico, se ha permitido algunas licencias narrativas y descriptivas que le dejan expresar de una manera más completa el significado del acto. Desde el punto de vista de esta exposición, en la que se reflexiona sobre la imagen de la ciudad, la alteración más significativa es la de carácter topográfico. Como la exactitud descriptiva le hubiera obligado a dar una perspectiva “sesgada” de la ciudad en relación con la que era la fachada tradicional de la misma, gira algunos de los edificios y altera las distancias y proporciones que existen entre ellos con el fin de construir otra fachada monumental. El caso más claro es el de la Catedral, cuya portada principal ya no mira al oeste sino que está orientada al norte. Con ello, Tortolero no sólo se inventa una nueva perspectiva urbana, sino que subraya también la presencia de la ciudad con sus dos hitos arquitectónicos inconfundibles: La catedral con su Giralda, y la Torre del Oro, que actúan a la vez como telón de fondo y espectadores del acontecimiento.

Además de la ciudad, los principales actores de la estampa son el séquito real, la arquitectura triunfal que atraviesa y el público. Éste actúa como masa ordenada que se dispone a manera de muros entre los que discurre un séquito claramente jerarquizado. De los arcos, uno es la Puerta de Triana, que fue adaptada para la ocasión, y entre cuyos elementos decorativos hay que incluir también al gran número de espectadores de su parte superior. El otro es una construcción efímera a la salida del puente de barcas. Su decoración sigue tradiciones claramente barrocas y alberga un programa iconográfico de exaltación de los reyes, que culminaba en un Coloso, con el que quiso hacer alusión – según Zúñiga- a “aquella tan prodigiosa como celebrada maravilla de el Coloso de Rodhas, y se pintó una agigantada estatua de bronce, cuyos pies hollaban las dos orillas del mar, y por debaxo iba un navío a el que daba luz con hachón, que tenía en la diextra [...] todo alusión a el rey Nuestro Señor”.

Javier Portús Pérez

Ver Sevilla. Cinco miradas a través de cien estampas

2002

Fundación Focus-Abengoa